

# EL PARCHE ES PARCHE

Pandillas, pánicos y violencias

Carlos Mario Perea Restrepo\*

El pandillero se convirtió en imagen de la violencia y el crimen urbanos<sup>1</sup>. Un lugar de poca monta en un contexto donde la inseguridad se ha tornado en tema de gran urgencia entre la ciudadanía –por no decir el tema de mayor urgencia–, haciendo de la lucha contra el crimen un asunto de alta prioridad en las ejecutorias de gobiernos nacionales y locales<sup>2</sup>. Tal preocupación por la inseguridad, creciente en ciudadanos y gobernantes, se conecta con más de un resorte. En buena medida responde al ascenso violento experimentado por numerosas ciudades desde mediados de los años 80, con Colombia y sus urbes a la cabeza<sup>3</sup>. Mas a la vez, de buena manera, el desvelo provocado por la inseguridad nace del pánico que recorre la sociedad contemporánea, un sentimiento que expresa la incertidumbre ante un orden donde se precarizan las condiciones de trabajo y las políticas públicas de bienestar, donde se empobrece la densidad de la conexión con los símbolos y el espesor del vínculo con los demás. No en vano la globalización neoliberal descansa sobre la fractura de la economía y la sociedad, a favor del mercado y en detrimento del vínculo social: el ciudadano, arrollado por la máquina globalista, acude a la pócima adormecedora del miedo y la paranoia urbana.

Ante tal escenario, ¿resulta justificada la imagen de violencia y crimen endosada al pandillero? Sin duda la pandilla se alimenta de prácticas delictivas y es capaz de sevicias sin cuento. No obstante en Colombia, nación de ilegalidades y violencias, la pandilla surge y se alimenta de una trama sostenida por un abigarrado elenco de actores. El señalamiento que hace del pandillero el emblema de la inseguridad es entonces sólo eso, un estigma encaminado a nombrar y apaciguar el miedo apoderado de la conciencia de la ciudad.

Es necesario, pues, hallar el camino que conduzca a la entraña de la pandilla para develar allí su potencial de sin sentido y muerte; pero tal camino, igual, ha de llevar a la urdimbre de lo urbano, a sus discriminaciones e inequidades, a sus muchas violencias y sus numerosas criminalidades, a su miedo y el intento de extirparlo mediante el

---

\* Historiador, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia y profesor invitado de la Universidad de la Ciudad de México.

<sup>1</sup> El presente artículo es parte de un texto sobre una investigación en tres ciudades colombianas: Barranquilla, Neiva y Bogotá

<sup>2</sup> La preocupación por la inseguridad cunde por todos lados. En Bogotá ha dado lugar a un nuevo código de policía caracterizado por el endurecimiento de sus normas y procedimientos. Policía de Bogotá (2003). En Ciudad de México ha llegado al punto de contratar al antiguo alcalde de Nueva York por la astronómica suma de cuatro millones de dólares. La campaña electoral que acaba de pasar en México tuvo como consigna notable por parte de los candidatos la promesa de la seguridad ciudadana.

<sup>3</sup> Por esos años Colombia experimenta un crecimiento sin precedentes del homicidio. Si en 1980 tuvo una tasa de 34 homicidios por cien mil habitantes en 1991 ascendió a 79. Bogotá, en los mismos años pasó de una tasa de 23 a otra de 52.

expediente de la muerte. Es cierto, la pandilla agencia los resortes de la inseguridad, comete ilícitos y manipula el pánico. Sin embargo, delinque pero su acto delictivo es de un tipo definido, uno al que no se le puede imputar el conjunto del crimen de la ciudad; violenta, pero lo hace con idéntica intensidad a la de otros actores y con la misma vehemencia de sus adultos inmediatos<sup>4</sup>. La meticulosa administración del miedo, sobre la que germina el poder *<parcero>*, se nutre de la lógica del terror que gobierna hoy la dominación, patente en la brutalidad planetaria del imperio norteamericano, visible en la ferocidad de una guerra que militarizó la sociedad colombiana hasta el punto de imponer la gramática de la crueldad sobre los terrenos del alma y la intimidad.

La pandilla no es la encarnación del héroe popular pero tampoco la personificación de la criminalidad. No es el simple producto de las condiciones opresivas de una sociedad injusta y una ciudad excluyente, como tampoco un mero desdoblamiento de la ilegalidad y la fuerza bruta. En algún punto, entre lo uno y lo otro, está el rostro endurecido del pandillero, un rostro joven que ha recorrido con largueza los laberintos de la persecución y la muerte. Intentaremos escudriñarlo explorando su naturaleza tras la pregunta por las maneras como construye su presencia. Tal nuestro propósito en estas páginas: establecer cuántas son, qué cantidad de muchachos congregan, qué las caracteriza y define, qué imagen se formulan en el intento de auto nombrarse.

## 1. El primer rostro

En las tres ciudades de nuestro estudio las pandillas proliferan. En Barranquilla sucede. Sobre su zona suroccidental, limitada a las comunas 1, 3 y 5 junto a algunos barrios de las comunas 2 y 4, se estableció la existencia de 44 pandillas activas. Tal cantidad, al lado de otras 22 inactivas en el momento de la contabilización, ponen bien en claro la fuerza de la presencia pandillera en la capital Caribe. Los testimonios de los muchachos costeños abundan en sus nombres: Nazis, Patacones, Chaquetas, Sayayines, Escorpiones, Travoltas, Mochos Díaz, Coles, Jacksons, Cara e'perro y Melembe entre otros. Sólo un barrio estratégico por su antigüedad y tamaño, habitado por 48 mil personas, registró 11 pandillas. Los reportes oficiales confirman la situación, el 46% de los hogares barranquilleros experimenta el acoso pandillero como un problema cercano a su sitio de vivienda<sup>5</sup>.

En Neiva sucede otra tanto. Volcados sobre la comuna 8, un sector del suroriente de la ciudad, se contabilizó un total de 25 *<parches>*. La observación se extendió sobre la comuna en su conjunto, integrada por 27 barrios y 7 asentamientos, incorporando además los barrios colindantes por el norte, pertenecientes a otras comunas pero integrados mediante el constante intercambio entre sus pandillas. Pese a no ser tan afectos a los nombres como los barranquilleros los testimonios huilenses pasan por nombres como Pastusos, Cobras, los de Jáquima, Panaderos, el Parche de la Y, Carniceros, Pirañitos. En Bogotá, por su parte, el cuadro es similar. En una zona de 28 barrios extendida entre Villa de los Alpes y Ciudad Londres, siguiendo la antigua carretera que conduce a Villavicencio, se identificaron 45 pandillas. Como en las otras

---

<sup>4</sup> La pandilla y su inscripción en las violencias desatadas por una gran cantidad de actores disuelve el estigma violento que pesa sobre los jóvenes. Y más allá sus actos delictivos son el atraco callejero, el robo de casas, el asalto de transportes colectivos y el robo de comercios menores: las mayores infracciones a la propiedad, como el robo de bancos y de carros, los realizan otros actores. Asimismo los jóvenes participan en el homicidio en igual proporción a como lo hacen los adultos. La discusión en Perea (2003).

<sup>5</sup> DANE (1995).

ciudades sus identidades se desdoblaron en nombres como Cucos, Chaparros, Máximos, Santos, Magníficos, Desbaratados, Redking, Chulos, Pericos, Muñecos, Pinzas, Tinto Frío, Turcos, Vikingos, mientras tantas otras se quedan con el nombre del barrio donde pelechan<sup>6</sup>.

En Barranquilla 44 pandillas, en Neiva 25, en Bogotá 45. En las tres ciudades, puestas en el contexto de sus respectivas áreas, constituyen un fenómeno notable. La alternativa del <parche> abunda, embrujando en su juego de artificio a cantidad de muchachos. En efecto, en la Costa 13 pandillas agrupan 283 muchachos, en Neiva 19 <parches> congregan 375 <parceros> y en Bogotá 45 agrupaciones reúnen 924 jóvenes, según reporte de los datos etnográficos<sup>7</sup>. El tamaño de cada pandilla varía de una a otra, en numerosas ocasiones sus miembros van y vienen. Lo dice un barranquillero, <los Escorpiones éramos muchos, como 40 o 50>, mientras en las otras ciudades se escuchan afirmaciones parecidas: <Hay hartos, quince, veinte y hasta treinta manes parchando por ahí><sup>8</sup>. La variabilidad, con todo, no suprime una tendencia: en las ciudades grandes la mayoría tiene hasta 20 integrantes, en contraste con Neiva donde el 47% de sus <parches> es más grande, entre 20 y 30 miembros. Visto desde otro ángulo, el del número de miembros, la tendencia se confirma: en Barranquilla y Bogotá las pandillas con mayor concentración de <parceros> están en el rango de 10 a 20 integrantes, cuando en Neiva el rango de los 20 a los 30 congrega las dos terceras partes de sus pandillos. De tal suerte en la ciudad grande la pandilla tiende a ser más pequeña en su tamaño, un rasgo que da cuenta del peso decisivo del localismo. En todo caso, sea cual sea el tamaño en cuestión, el ingreso y pertenencia a la pandilla despierta enorme interés, la multitud de convocados lo atestigua.

Junto a la proliferación, la pandilla se caracteriza por su condición de experiencia esencialmente juvenil. En Bogotá nueve de cada diez integrantes tiene entre 14 y 25 años, un dato que no deja duda sobre la predominancia de la edad joven en las filas bogotanas. Neiva lo valida, ocho de cada diez de sus muchachos se encuentra dentro de este mismo rango de edad. En Barranquilla se carece de información desagregada al respecto, mas las narraciones lo confirman: un sinnúmero de curramberos cuenta una convulsa historia iniciada a edad temprana. La hegemonía de lo juvenil es abrumadora. En ningún lado existen pandillas de sólo <pelados> entre 7 y 13 años, como tampoco de adultos entre 26 y 35. Es la constante, matizada por la particularidad aparejada a la ciudad. Por un lado en la provincia se mezclan las edades, con la notoria presencia de adultos. En la metrópoli bogotana, por el contrario, los adultos son escasos abriendo paso a la especialización por cortes de edad: en Bogotá hay pandillas conformadas por nada más que jóvenes entre 14 y 19 años y por muchachos entre 20 y 25, como no sucede en las otras ciudades. Las edades se combinan con facilidad fuera de Bogotá, en todos lados la condición joven se impone: todo indica que a la edad de los 14 años se produce el más frecuente ingreso a la pandilla.

---

<sup>6</sup> Lo reportes oficiales también lo confirman, el 54% de los hogares bogotanos reconoce en las pandillas un problema sentido. DANE (1995).

<sup>7</sup> En Barranquilla de las 44 pandillas se tienen información precisa de 13; en Neiva de las 25 se tiene información de 19 —en algunos casos de 20—; en Bogotá se obtuvo información fidedigna de las 45. Los datos reportados son etnográficos, es decir, recopilados en el trabajo de campo mediante la observación directa, las historias de vida y las entrevistas con sus respectivos registros.

<sup>8</sup> Rigo, Neiva, p. 3. Las frases entre los signos < y > corresponden a frases y palabras extraídas de los testimonios. Los nombres han sido cambiados por razones de seguridad de los muchachos.

Los jóvenes en cantidad se redefinen, en tercer lugar, desde la condición masculina. En las tres ciudades los hombres dominan, en la costa son el 88% de sus integrantes, en el Huila el 90% y en el centro el 85%<sup>9</sup>. El rasgo masculino, con todo, no proviene sólo de la cantidad; nace de una lógica de operación fundada sobre la brutalidad. Las mujeres no dejan de hacer presencia, en Barranquilla en 4 pandillas, en Neiva en 6 y en Bogotá en 14. Mas dicha participación se cumple mediante varios papeles, todos impregnados de la asimetría que desde siempre cruza lo femenino ante lo patriarcal: funciones vitales para la reproducción del grupo, pero insignificantes para la adquisición del título de *<parcero>*. En efecto, uno de los roles más frecuentes será el de enamoradas, un vínculo trascendente pero vivido al margen de la pandilla: *<Si quiero que mi novia esté conmigo puedo hacerlo, pero a la mayoría no le gusta porque en algún boroló la cogen y la cascan>*. En otros casos las mujeres ingresan a las rutinas del *<parche>*, pero lo hacen prolongando el papel tradicional encargadas de los cuidados del grupo: *<Hacíamos sancocho {y} las mujeres eran las que hacían>*. En algunas oportunidades hacen parte de la actividad delictiva, a condición de cumplir nada más que tareas específicas: *<Había hembras ladronas pero sólo pa'grupo, le pican el ojo al man, le echan la pastica al trago y listo>*. En el peor de los casos asumen la función de simple objeto sexual: *<En el parche les gusta hacerlo con parceritas, van trabaos y en cualquier rincón lo hacen>*<sup>10</sup>.

El papel de las mujeres está entonces condicionado: *<Las muchachas fumaban bazuco {pero} nada más tres participaban en atracos>*. Como estas tres participes del robo hay otras tantas, siempre sometidas a cláusulas discriminatorias. Naturalmente hay excepciones, las pocas que alcanzan el título de *<parceras>* lo hacen asumiendo a cabalidad la fiereza masculina. Es más, en Bogotá y Neiva se habla de mujeres convertidas en parte de la leyenda pandillera dado su arrojo y capacidad de pelea, como Salomé en Bogotá y la Cacorrina y Esther en Neiva. De Salomé se cuenta que bastaba que apareciera, los pandilleros corrían por temor a ser dañados, y de las opitas se habla de sus escuelas del hampa para novatos en el oficio. El alias de Cacorrina habla por sí mismo. Como se escuchará comentar a un opita *<las duras son las mujeres>*. Sin embargo estas mujeres son la excepción, no la regla. En algunas oportunidades se mencionan pandillas de sólo mujeres: *<Mi hermana andaba con una pandilla de puras mujeres, se decían Patrulla 15, eran como veinte y también andaban peleando con otras mujeres por hombres. Pero no hacían atracos ni nada>*, comenta alguno. En Bogotá, igual, se hace mención de temidas pandillas femeninas. No obstante en todos los casos su vida es efímera, aparecen con fuerza, causan revuelo y asombro pero pronto desaparecen provocando el mismo desconcierto que produjo su surgimiento. Mientras se desarrolló el trabajo de campo no se identificó ninguna activa, la predominancia masculina es indiscutida<sup>11</sup>.

La pandilla se va al extremo, embriagada más allá del límite. Al igual que con el poder y la fragmentación, con el localismo y la muerte, lleva al extremo el brete que atraviesa uno y otro. Lo hace también con la crisis de la masculinidad, desarropándola y exponiéndola en toda su crudeza. La mujer se convierte en semoviente de contabilidad, reducida a objeto de castigo por parte de quien se arroga su propiedad. Un barranquillero lo cuenta sin ambages, describe las golpizas propinadas a sus mujeres justificado en el argumento de *<si va ser mía es sólo mía>*. La compañera con quien

---

<sup>9</sup> Datos etnográficos.

<sup>10</sup> Mechete, Barranquilla, p. 7; Pendenciero, Barranquilla, p. 8; Oso, Neiva, p.27; Pendenciero, Barranquilla, p. 12. *<Boroló>* es una situación peligrosa.

<sup>11</sup> Pendenciero, Barranquilla, p. 12; Sonrisa, Neiva, p. 5; Aníbal, Barranquilla, p. 6.

armó la vida ganó su corazón hasta cuando un <vale> se atrevió a disputar su amor, pues <aquí en el barrio todas estas mujeres son mías>, aunque nada evita que ella, igual, termine apuñaleada. La fuerza bruta signa la pandilla, es su alfa y omega: la tiranía y la violencia masculinas se exhiben desnudas, desprovistas de remordimiento, dispuestas a imponer su bando de sangre. Como se suele escuchar, <uno comienza teniendo un revólver, siendo hombre y parándosele a lo que sea><sup>12</sup>.

Por último, los jóvenes agregados transidos de masculinidad violenta completan su caracterización desde su condición de fenómeno propio de la barriada popular. La pandilla brota entre la pobreza, no en otra condición social. No faltan los grupos <calientes> entre sectores medios y altos. <Hay bandas de gomelitos ... Les gusta tomar al piso y meter perica ... sacan los fierros y hacen sus vueltas>, se comenta en Neiva<sup>13</sup>. En Barranquilla y Bogotá también, de cuando en vez suena la noticia de muchachos de estrato tres comprometidos en la mezcla de consumos y actividades delictivas. El caso más sonado fue el de una banda barranquillera conformada por jóvenes adinerados, dedicados al pillaje hasta cuando las autoridades la desmantelaron. Sobre el episodio circulan varias versiones, la más creíble la de algunos jóvenes pudientes entroncados con bandas profesionales. De seguro no faltan ejemplos similares que, con todo, no pasan de brotes aislados; nada parecido al fenómeno social que aflora en la miríada de <pelados azotando> la zona popular, según revelan los números de su proliferación consignados arriba.

El primer rostro pandillero se delinea: multitud de jóvenes populares son congregados a desplegar de bulto una masculinidad cruel y descarnada. No basta, sin embargo. En un país deshecho por la fragmentación y el conflicto se vuelve imperativa la tarea de capturar con precisión sus actores: qué los constituye y define, cómo actúan y de qué estrategias se valen en el intento de conjurar el conflicto, cuáles son los nexos con lo social y bajo qué condiciones se perfilan sus aliados y adversarios. El acontecimiento pandillero justifica el imperativo con entera plenitud. Su condición de referente de la criminalidad lo hace blanco de múltiples violencias, mucho más en Colombia donde se le degrada a pieza de caza de variadas modalidades de "limpieza social". Conocer con certeza el alma pandillera nos abre entonces, tanto a la denuncia de la vileza que pretende tramitar una vez más el conflicto con la muerte, como a la negación del estigma que trasmuta a todo joven del barrio popular en pandillero y asesino desalmado.

## 2. Dos paradojas

Los pandillos abundan, lo hacen con la fuerza capaz de instalarlos en el lugar de fenómeno social de la ciudad y la zona pobre donde germinan. No cabe duda. No obstante no son ni la única ni la más aglutinante de las expresiones juveniles populares. Le compiten con éxito la búsqueda cultural del rap y el rock, la organización comunitaria desdoblada en formas asociativas entregadas a las más diversas causas, y ante todo la alternativa individual de quien no se adscribe a ningún grupo construido en torno a objetivos definidos<sup>14</sup>. El imperativo de la precisión se impone. El rapero se caracteriza,

---

<sup>12</sup> Anibal, p. 7 y 26; Balín, Neiva, p. 22.

<sup>13</sup> Parcerito, Neiva, p.15.

<sup>14</sup> Resulta imposible establecer un porcentaje de la población pandillera con respecto a los habitantes de las zonas estudiadas. A lo sumo en Neiva, donde la comuna asciende a 42.000 personas, se detectan 19 pandillas con 314 miembros. La observación etnográfica, empero, permite afirmar la predominancia numérica de las otras

también, por su condición de experiencia popular protagonizada por hombres jóvenes. Y más allá todavía, ¿cómo diferenciar al pandillero de aquellos jóvenes que consumen droga, o de esos que eventualmente roban, y con mayor razón de los otros que *<parchan>* en la esquina haciendo gala de brotes de violencia? Acudiremos pues a una noción de pandilla armada sobre cuatro elementos, a saber, el afuera, la trasgresión violenta, la territorialidad y el mutismo.

El *<parcero>* se sale de los circuitos que arman la vida corriente de las personas con quienes comparte el vecindario, es el afuera. Su manifestación contundente arranca con la fractura de los vínculos que suponen las mediaciones tradicionales de socialización: entra en agrio conflicto con la familia, abandona la escuela y tampoco se dedica a actividad laboral alguna. El perfil prototípico del pandillero es el de un muchacho de 16 años entregado de día entero a la esquina. Ante el cuadro de los jóvenes abandonados al *<parche>* el mundo se detiene en una mueca pétrea. Las reclamaciones de la vida de todos los días desaparecen, al pandillo no lo conmueven ni el dolor ajeno ni menos la pobreza, no lo asedian los apuros de la eficiencia ni las urgencias de la productividad. A veces estará hablando, por momentos jugando, largos ratos arrobado en un silencio vacío, mas no dejará de estar ahí: *<A la tienda van cuarenta chinos, ahí se juega, se habla, se bebe, se fuma>*, cuenta un neivano<sup>15</sup>.

El afuera en todo caso obedece la norma de un matiz, el pandillero no se va del barrio. En boca de uno, *<eso significa un parche, donde uno esta siempre al pie del barrio, se siente confiado reunido con los amigos>*. El conflicto con la familia estalla, tantas veces al punto de un enfrentamiento que lo fuerza a abandonar la casa. Mas ni siquiera en tales casos abandona el barrio, permanece en él sobreviviendo al amparo de amigos y vecinos. *<Mi vida la he vivido más en la calle que en la casa ... me quedaba en la calle con mis amigos y si no en la casa de vecinos>*, comenta una mujer; *<la vida de ellos es gaminar y fumar de eso, pero viven con los papás y en la casa todavía>*, dicen en Neiva<sup>16</sup>. En el gesto de estar *<siempre al pie del barrio>*, donde *<se siente confiado>*, se condensa la presencia pandillera y se funda su poder. En efecto, la mixtura del afuera dentro del barrio inaugura la primera paradoja pandillera, esa que le diferencia del habitante de la calle, un personaje con quien comparte múltiples rasgos asociados al pillaje y la fuerza; pero mientras la pandilla no quiebra los vínculos vecinales el muchacho callejero se ha ido, rompe sus relaciones originales por voluntad propia o atropellado por el destino. Al primero lo tipifica la pulsión al sedentarismo, al segundo al nomadismo<sup>17</sup>.

Viene luego la trasgresión violenta, la adopción sostenida de las prácticas conflictivas de consumir droga, robar y violentar. Una y otra salpican los testimonios. Después de la primera ocasión en que se prueba empujado por *<la sicosis>* vienen las otras drogas hasta que *<el organismo mío estaba acostumbrado a meter droga pa'poder estar sin pena>*. De una ciudad a la siguiente el *<vicio>* es constante: *<Al parche lo une principalmente la droga porque ahí llegan todos a consumir>*. Al igual el robo. Una vez metidos en la práctica las amistades y los hábitos cambian, plagándose de la anécdota del asalto en la calle, en el bus y el comercio pues *<decidí que si me iban a matar por pandillero mejor me mataran robando>*. Salido al afuera, lleno de hostilidades con los ritmos convencionales de la convivencia, el pandillero se lanza al robo como la estrategia

---

expresiones juveniles frente a la pandilla: la contundente presencia pandillera viene de su forma de habitar y dominar el territorio, una forma que convierte a 314 pandilleros en un hecho de sobrada relevancia social.

<sup>15</sup> Caballo, Neiva, p. 4.

<sup>16</sup> Parcerito, Neiva, p. 1; Salomé, Bogotá, p. 45; Eliana, Neiva, p. 3.

<sup>17</sup> El habitante callejero también pasa por territorialidades; mas ellas no lo definen como en el pandillero.

que sostiene sus hábitos y consumos. Y otro tanto sucede con el ejercicio violento. El golpe y la puñalada asestados para reducir a un adversario anudan la vida pandillera. En cada relato los caídos abundan, las pandillas son exterminadas, en más de una ocasión *<me estaban buscando para matarme>*<sup>18</sup>. No más que el uso permanente del acto violento, o la amenaza de hacerlo, sostienen el poder pandillero: mediante él se paran soberbios en un afuera que se termina de apretar con la fuga de la droga y el arrebató del asalto.

El pandillero se ocupa a fondo de las tres prácticas conflictivas, mezcladas y superpuestas. Es verdad que algunos no *<meten>*, otros se abstienen de robar, unos se resisten a la violencia. Los casos se presentan pero en contadas oportunidades asociadas, unas veces a pandillas de creación reciente y reducida violencia, otras a la condición de personaje periférico en un grupo de amplia trayectoria. De resto, una vez la pandilla se consolida, se ve forzada a subir a un tinglado cuyas reglas están de antemano establecidas. La pelea a piedra, *<áspera>* pero divertida, pronto se convierte en enfrentamiento sangriento: *<Comenzamos como un juego a tirar piedra ... pero las cosas fueron en serio>*. Al pandillo lo define la trasgresión violenta. Dicho esto, sin embargo, los matices se imponen. Sus prácticas conflictivas tienen patrones definidos, unos que le dan un lugar preciso en los espectros del crimen y la violencia en la ciudad: el pandillero es uno más de los protagonistas de la inseguridad urbana, no su personificación.

Ciertamente hace parte de las guerras de pavimento. La pandilla es territorio, nuestro tercer elemento. Literalmente, está sembrada sobre una porción de tierra donde ansía detentar un dominio indiscutido. Se trata de una minúscula geografía, extendida entre esta cuadra y la de calles más allá, sin la cual pierde sentido. Allí se impone, construye un poder social eficaz en tanto ejerce control sobre el intercambio de bienes estratégicos para la vida y la convivencia en la localidad: interfiere los circuitos económicos, altera los intercambios comunicativos, entorpece las presencias institucionales. *<Nunca nos dejamos sabotear el territorio, pa'nosotros era sagrado>* se dice de continuo. La dificultad que enfrenta el vecino para transitar la calle pasada una cierta hora, como acontece en todo lugar asiento de pandilla, resume bien su ascendencia: el pandillo cimenta un poder sobre el espacio público local.

Sobreviene el conflicto. La presencia pandillera se va tornando intolerable, no sólo porque su espectáculo devela la vulnerabilidad de la institución y su proyecto, sino porque su ejercicio violento le confiere un poder macabro. El conflicto es de proporciones mayúsculas. Las pandillas se enfrentan unas con otras; los vecinos acuden a las autoridades y arman defensas barriales; los escuadrones de la muerte y las operaciones de limpieza llueven de todos lados; las guerrillas y los paramilitares le ven como un buen aliado para sus propósitos de crecimiento pero le reconocen como el peor adversario de sus obsesiones de orden; el crimen organizado le mira como engranaje de sus propósitos y la policía le descarga, sin miramiento, la repulsión cebada entre una sociedad asustada y arrinconada. Cada uno reclama la cabeza del *<parcero>*, abriendo la segunda paradoja: pese a su afuera la pandilla eclipsa la vida barrial. Desentendida hasta de la familia ni tan siquiera piensa en las instancias de participación colectiva; sin embargo domina la esfera local, mantiene un ojo avizor sobre el territorio, sus tráficos e intercambios.

---

<sup>18</sup> Sandra, Neiva, p. 13; Aníbal, Barranquilla, p. 8 y 4..

Múltiples fracturas trae consigo la pandilla. Empero es muda, el cuarto y último elemento de nuestra noción. Carece de palabra alguna sobre su ruptura exasperada. Construye su razón de ser en la búsqueda del <respeto>, ese sentir anudado en el giro de <quería que todo el mundo me conociera de renombre, que la gente me tuviera miedo>. A partir de ahí el símbolo se recrea tan sólo frente a la muerte, el único lugar ante el que tiemblan. Por supuesto, el gesto todo del pandillero arma una metáfora; mas su discurso, el que habla su universo, se recluye en el círculo minúsculo de la incansable repetición de la historia sangrienta: <Se reunía el combo a fumar vicio y hablar: “robé tal día”; “no se quién me correteó”; “levanté a puñalá a una persona”; “maté a no se quién”>. En ciertos pasajes los pandillos veteranos pasan por la mirada reflexiva de quien ha hallado alivio en la palabra religiosa y puja por abandonar el pasado, de resto sus narraciones se congelan en la intriga trasgresora. La segunda paradoja se cierra: el poder pandillero está desprovisto de mediación social, se consume en sí mismo, decapitado de cualquier símbolo por donde encauzar una ira desenfrenada y telúrica. Porque ... fuera de los enemigos materiales y concretos que surge en cada confrontación, ¿quién es el adversario de la pandilla, a qué sujeto lanza su grito desesperado?

Las dos paradojas se entrelazan, la pandilla se para en el afuera sin abandonar el barrio porque allí cuece su poderío. ¿Cómo más podrían alcanzar tal dominio unos jóvenes que apenas si comienzan a trasegar los avatares de la experiencia? No cabe duda, la vivencia <parcera> es un alma de este tiempo. Nadie revela con tal potencia la precariedad de lo instituido y la deriva simbólica, remarcando una ruptura entre identidad y práctica social preñada de fatalidad, denunciando la recomposición de la violencia ante la irrupción de renovadas texturas del conflicto. La trasgresión es una marca generalizada entre los jóvenes hoy por hoy, en ellos la rebeldía se funde en irreverencia, desafío y sarcasmo. El pandillero hace lo mismo pero transportado varios pasos más allá de la frontera, transformado en trasgresión violenta. La pandilla es producto de la pobreza y la injusticia, reacciona enmudecida haciendo caso omiso de todo orden. Por ello frente a la desazón urbana es una manera de habitar la ciudad, cabalgando a lomo del miedo.

### 3. <Parche> y metáfora

Cada fuga de los modos convencionales de la vida se acompaña de la fabricación de nuevos lenguajes, llenos de otras maneras de nombrar las cosas y de designar la identidad. Los grupos clandestinos su inmejorable ejemplo. Perseguidos y arrinconados por el orden instituido se ven forzados a modificar la identidad proveída por el estado al que enfrentan, como el alias que porta consigo el actor armado en la ilegalidad: el ya legendario Tirofijo, alias Manuel Marulanda Vélez<sup>19</sup>. Los pandillos hacen otro tanto. Según un muchacho de Neiva <ningún bandido va a decir el propio nombre de uno>. Su palabra esta construida sobre infinidad de términos privativos de sus intercambios, nociones que solo ellos conocen y manipulan. <Vale> es el amigo y socio de la pandilla, <fierro> el arma de fuego, <muñeco> el muerto, <grasa> la plata, <vuelta> el robo<sup>20</sup>. Unas se encuentran en todos lados, convertidas en parte de un argot popular nacional, otras solo se las escucha en una ciudad amasadas por la particularidad regional.

---

<sup>19</sup> No solo sucede en los mundos clandestinos, también las parejas pasan por el mutuo cambio de nombre: una manera de preservar la intimidad.

<sup>20</sup> La frase anterior es de Balín, Neiva, p. 20.



Tal sucede con <el parche>, el giro en el que la pandilla se nombra. No es una palabra universal dotada de circulación nacional. En Barranquilla se la emplea más bien poco, los pandillos se definen mejor como banda<sup>21</sup>; todo lo opuesto a Neiva y Bogotá, ciudades donde se usa como nudo de reconocimiento e identificación. La idea de banda se presta a equívocos, se confunde con expresiones de la criminalidad<sup>22</sup>. La de <parche>, por el contrario, nace del universo pandillero; y pese a la difusión que tiene entre los muchachos de barriada nadie la emplea como lo hace la pandilla.

El <parche> perfila su rostro. Según un bogotano <pandillas no se llama casi acá, se les llama más bien parche><sup>23</sup>. Ciertamente, entre los pandilleros y sus cercanos la palabra "pandilla" es inusual, les suena fría y distante<sup>24</sup>; entretanto acontece lo opuesto entre sus víctimas, siempre dispuestas a señalarlos. De los unos hacia los otros está en juego el poder del estigma, los primeros renuentes a reconocerse en él, los segundos empeñados en emplearlo para tomar revancha y exorcizar el miedo. De manera distinta el <parche> condensa un espíritu, prescribe un modo de asumirse ante lo real y marca sin titubeos a quien será objeto de complicidad o rechazo. Un bogotano lo dice, <aunque nunca se haya vuelto se lleva el recuerdo que se estuvo en un parche, eso se lleva por dentro>. Y un neivano lo lleva a los mejores términos: <Sí, el parche nunca se olvida, porque el parche es parche><sup>25</sup>.

<El parche es parche>, no cabe duda. Denota el grupo mismo, sus integrantes y prácticas; se conjuga en el <parcharse> para referir la actividad de acudir al lugar de siempre y dejarse arrastrar por los acontecimientos que depara; se trastoca en el <parcero> para distinguir al amigo, al ser cercano digno de consideración. Y por demás nomina el sitio de encuentro, el espacio físico donde se renueva la cita día por día. El punto de reunión desempeña papel esencial en la identidad grupal. No es un lugar cualquiera modificable de un momento para otro, es un punto fijo dotado con la certeza de que los amigos estarán más tarde o más temprano. Es frecuente que sea un lugar abierto escogido justamente por su centralidad; otras veces un rincón apartado liberado de la mirada incómoda del vecino. Los primeros son los más corrientes siguiendo la norma del desafío, hacerse visible es parte del código pandillero. Empero las operaciones de limpieza han moderado el espectáculo forzando el desplazamiento hacia sitios más discretos, al menos durante ciertos períodos de tiempo. Se le selecciona en razón de su consagración por anteriores pandillas de marcada notoriedad, pero también en función de su visibilidad, de su apertura para fugarse de la policía y la limpieza, de su proximidad al lugar de residencia. En medio de esta variedad de motivos el territorio opera como justificación determinante: <parcharse> en un sitio significa una marca de dominio sobre un terreno cuyos confines, las más de las veces, están en permanente disputa. El <parche> está investido de poderosa fuerza de atracción: <Lo que tiene esa esquina para congregarse a la gente, no se ... algo extraño. Es una fuerza porque yo sigo yendo y otros también><sup>26</sup>.

---

<sup>21</sup> Igual en Medellín se representan menos como parche y más como banda.

<sup>22</sup> La pandilla la hacen muchachos de barriada expuestos en el espacio público local, la banda la conforman profesionales dedicados a la criminalidad y por tanto entregados al anonimato.

<sup>23</sup> Omar, Bogotá, p. 22.

<sup>24</sup> El nombre de las pandillas cambia de país a país: en El Salvador y Honduras se les llama maras. Santacruz y Concha (2001), Equipo de reflexión y colaboradores (2001). En México chavos banda. Urteaga (2000). La noción de pandilla, por el contrario, es más bien académica y se usa en el contexto internacional para generalizar la agrupación de jóvenes ligados al conflicto y la violencia. Por eso adoptamos la noción de pandilla.

<sup>25</sup> Robin, Bogotá, p. 25; Mundano, Neiva, p. 22.

<sup>26</sup> Bernardo, Bogotá, p. 15; Hernando, Bogotá, p. 12.

La pandilla se pone entonces en escena en el <parche>, una vez se le enuncia el <parcero> sabe bien que queda implicado ahí: quiénes asisten, qué es lo conveniente y obligado de hacer, que cosquilleos recorren el cuerpo, quién acecha y quién es blanco de la agresión sin compasiones. El <parche> es así la metáfora de la pandilla: ella misma la imagina, la enuncia y la recrea trasponiendo, a los rigores de su propio mundo, las paradojas de la pandilla enunciadas atrás. Ciertamente la intención de convertirse en un parche lo dice todo.

Así es, atendiendo a la definición formal el parche es un "trozo de algún material pegado encima de un objeto, generalmente para tapar un agujero o rotura"<sup>27</sup>. La pandilla es justo eso, según lo ilustran tres imágenes estrechamente conectadas. Primero el parche es un "trozo de algún material pegado encima". No hace parte del material original, es un agregado; no obstante está cocido y apelmazado, hace parte del tejido al que se sobrepone. Como los <parceros>, seres que habitan al margen de las demandas de la familia, la escuela y el trabajo pero sin abandonar el barrio: no forman parte de las rutinas convencionales pero están "adheridos" a la esquina. <Parchearse> significa pegarse, adosarse al pavimento habitando un afuera sin salirse. Segundo el parche es un "pegote, cosa que se añade a algo y desentona del resto", informa de nuevo el diccionario. En efecto el parche, aún en la más refinada de sus elaboraciones, no deja de ser un superpuesto tosco imposible de ocultar. Como la pandilla, un "pegote" abandonado a la extravagancia de la desocupación, el conflicto y el goce visible por su exceso: su poder nace de la manipulación del miedo. Tercero el parche es "para tapar un agujero o rotura", obtura un hueco que siempre estará ahí, intocado e idéntico a sí mismo, exacto a la pandilla, quien denuncia en su ruptura el sin sentido de una época pero sin elaborar la más simple enunciación al respecto: es una protesta muda. El pandillero al igual que el parche es hijo de un roto, del abismo que acosa la sociedad de la exclusión; no obstante carece de cualquier simbólica sobre su subversión extrema. Son el perfecto parche, denuncian un hueco que jamás será retejido e intervenido: no hacen nada por el roto de donde surge su rebelión, simplemente lo parasitan.

La metáfora del parche completa el rostro de la pandilla, cincelado en las imágenes de habitar un afuera sin desconectarse del barrio, ponerse en escena como estrategia de poder, y ser una protesta muda. La pandilla no puede pasar desapercibida, está hecha para ser vista: <En el parche uno busca que me vieran parado en ésta esquina y tengo que hacer algo pa'que me cojan miedo><sup>28</sup>. Se alimenta de ser un franco espectáculo porque <uno busca que me vieran>: ahí se congela el gesto <parcero>, en la ansiosa necesidad de reconocimiento, de ser aceptado y visto. Son mudos, pero abrevan del régimen de visibilidad de su espectáculo. Empeñados en su búsqueda prolongan las tensiones propias de la esfera pública contemporánea: los actores, interesados en ser reconocidos y no tanto representados, apelan al lenguaje de la identidad y la cultura<sup>29</sup>.

<El parche es parche>, es la consigna legítima para tantos hombrecitos jóvenes de los sectores populares porque ellos están <en la vida del mundo>. Ante su desafío toda certeza vacila: heréticos mudos, son un verdadero jeroglífico de los tiempos actuales. Son entonces una expresión de la urbanización cultural. Su cuadro es conocido, tanto que se le coloca en el centro de los pánicos que recorren la ciudad, pero como gesto

---

<sup>27</sup> Moliner (1992).

<sup>28</sup> Robin, Bogotá, p. 32.

<sup>29</sup> Martín Barbero (1997).

petrificado cuya dinámica se desconoce y cuyos trazos atemorizan. Con la pandilla la anarquía pasó de proyecto político a <estilo de vida>, sólo que sus desafueros y mudeces la convierten en una caricatura, una parodia sangrienta y mortal.

## BIBLIOGRAFIA

- \* DANE (1995). *Encuesta Nacional de Calidad de Vida*. Bogotá.
- \* Equipo de Reflexión, Investigación y Comunicación (ERIC) de Honduras, Instituto de Encuestas y Sondeo de Opinión (IDESO) de Nicaragua, Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales (IDIES) de Guatemala e Instituto Universitario de Opinión Pública (IUDOP) de El Salvador. *Maras y pandillas en Centroamérica*. Uca: Managua.
- \* Moliner (2002). *Diccionario de uso del español*. Gredos: Madrid.
- \* Perea, Carlos Mario (2003). "El que la debe la paga. Pandillas y violencias en Colombia". Memorias del seminario *Jóvenes y criminalidad en Latinoamérica*. Quito, diciembre 2 y 3 de 2000. Clacso: en prensa.
- \* Martín Barbero, Jesús (1997). "El miedo a los medios. Política, comunicación y nuevos modos de representación". En: *La nueva representación política en Colombia*. Fescol – Iepri: Bogotá.
- \* Santacruz, María y Concha Alberto (2001). *Barrio adentro. La solidaridad violenta de las pandillas*. Instituto Universitario de Opinión Pública: San Salvador.
- \* Urteaga, Maritza (2000). "Formas de agregación juvenil". En: José Antonio Pérez Islas (coordinador). *Jóvenes: Una evaluación del conocimiento. La investigación sobre Juventud en México 1986 – 1999*. Instituto Mexicano de la Juventud: México, Volumen II.